



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

SILVIA JULIANA SUÁREZ PÁEZ

EL DUELO SE CUELA POR LAS GRIETAS

GÉNERO INDEFINIDO

BOGOTÁ

2022



**AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA
CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA
DEL TRABAJO DE GRADO**

Código:

Versión: 5.0

Página 2 de 40

Fecha:

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:
Maestro en escritura creativa.

2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:

El duelo se cuele por las grietas

3. SI AUTORIZO

NO AUTORIZO

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Silvia Juliana Suárez Páez

Documento de Identidad: 1082961865

Firma:

Silvia Suárez P

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

| Apellidos | Nombres |
|-------------|----------------|
| Suárez Páez | Silvia Juliana |

DIRECTOR (ES)

| Apellidos | Nombres |
|-------------------|---------------|
| Esquivel Gonzalez | Gloria Susana |

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestra en escritura creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: El duelo se cuele por las grietas

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en escritura creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 36

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico*

biblioteca@caroycuervo.gov.co):

ESPAÑOL

Duelo, muerte, prosa, autoficción, ensayo personal, prosa poética.

INGLÉS

Grief, death, prose, poetic prose, autofiction, personal essay.

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Este manuscrito cuenta con una serie de textos cortos, en prosa poética, que describen un año de duelo ante un episodio traumático de muertes. En este manuscrito se exploran géneros como la autoficción, el ensayo personal y la prosa, sin llegar a una definición de ninguno.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

This manuscript has a series of short texts, written in poetic prose, that describe a year of mourning in the face of a traumatic episode of deaths. In this manuscript, genres such as autofiction, personal essay and prose are explored, without reaching a definition of any of them.

ESTO ES UNA CAJA CON FOTOS

Cuando empecé a escribir, cuando empecé a darme cuenta de que me gustaba escribir, tenía trece años. Se juntaba en mí la emocionalidad adolescente que empezaba a aparecer y una melancolía que cargaba de siempre. Quería poner en palabras todo lo que sentía, que parecía ser mucho más que lo que sentían mis pares. Entonces escribía textos muy cursis detrás de los cuadernos, que nunca me atreví a llamar poemas porque no rimaban, pero que a mí me parecían poemas. Desde entonces nunca dejé de escribir.

Empecé a hacer pública mi escritura en redes sociales, blogs y newsletters, y así comencé a formar una comunidad de lectores. Gracias a esa producción de escritura que es rápida, casi sin ediciones y en público, formé una voz cercana al lector, que intentaba expresarse desde palabras que se pueden encontrar en cualquier conversación y que se siente cómoda contando experiencias autobiográficas dentro del ensayo personal.

De esas exploraciones, la de los “textos cursis” que no sabía cómo nombrar y la de la escritura en y para internet, nace la voz de este manuscrito. Los textos pasaron a nombrarse prosa poética después de la primera clase que tuve con Fernanda Trías en la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo, y ese fue también el inicio del género que quise explorar aquí, pero que ahora no sé muy bien si seguir nombrando así o mejor como un híbrido entre la prosa poética y la auto ficción, porque, aunque todo lo que está acá escrito pasó, no todo pasó en este orden y algunas cosas solo pasaron en mi cabeza.

Ahora bien, ¿para qué escribí este manuscrito? No puedo decir que para procesar las emociones, eso sería mentir. Creo que con estos textos lo que busco es regar las emociones que me ha producido el duelo que he vivido el último año, mostrarlas y ver a quién interpelan. No pretendo

lograr una palabra final acerca del duelo pues no creo que ningún escritor, ningún humano, haya logrado expresar de qué se trata todo eso que se siente ante la pérdida. Este manuscrito no nace de una investigación de años, es el resultado de una serie de eventos atropellados y desafortunados que pasaron y que detonaron miles de asociaciones e ideas en mi cabeza que debían depurarse de alguna forma. No espero contar la historia detallada de los que se murieron, lo que quiero es explicar todas las ideas y emociones que surgieron en mí cuando se murieron y cómo la muerte atravesó partes de mi vida como la feminidad, la ternura, las relaciones e, incluso, la palabra. Esta escritura reclama el derecho de hablar de la muerte con las palabras y con las emociones que sean necesarias, no solo con lugares vacíos que dicen “estoy muy triste”, sino con los recursos del lenguaje que me permitan expresar rabia, asco, desesperanza, culpa o vergüenza. Lo que espero es que cada uno de estos textos se parezca a una foto instantánea de una escena, de un momento en mi memoria en el que sé que se atravesó la muerte y el duelo.

Estas fotos no están en un álbum debidamente ordenadas, sino que están dentro de una caja de fotos. No hay una línea de tiempo cronológica ni tampoco existe un contexto que explique quién sale en las fotos o qué fue lo que pasó ahí. Cada fragmento, como cada foto desordenada, cuenta una historia según quien ve la imagen. Aunque el orden de los textos no guarda una línea de tiempo específica, sí intenta llevar al lector por *momentos*: del 1 al 7, se encuentra el momento del desasosiego, rabia y tristeza primaria ante la muerte, en el que la narradora no entiende muy bien cómo vivir estas emociones. Del 8 al 12, se presentan los personajes y su relación con la narradora. Del 13 al 15, podemos ver emociones de frustración y negación ante la pérdida y, por último, del 16 al 22, encontramos un cierre que engloba todas las emociones anteriores desde una voz que parece entender un poco más cómo se quiere acercar a ellas.

El proceso de escritura fue parecido al de vomitar. Como si se tratara de un impulso automático ante algo que necesita salir del cuerpo. El siguiente paso fue la edición de los textos, que no fue sencilla. La relectura de lo que había escrito me hizo enfrentarme a mis miedos, a lo que podrían pensar otros de mí, a mis propios prejuicios e inseguridades, a la incapacidad de nombrar algunas emociones. Por último, me enfrenté a la necesidad de revisar con ojo crítico el manuscrito y darme cuenta de que había fragmentos que aún no estaban listos y que, aunque creyera que eran necesarios y necesitaba decir eso que estaba escrito, me faltaba revisar y escarbar mucho más dentro de mí para lograr un texto completo, con total sentido.

Como ya he dicho, la escritura de este manuscrito fue un proceso de revisión de lo que estuvo (y aún está) en mi cabeza durante el tiempo del duelo. Siempre he tenido una especial facilidad para recordar momentos específicos, con sus respectivas fechas y detalles. En este manuscrito, se puede ver cómo un vestido, una orca en un acuario o una planta en una casa no son solo meros sustantivos, sino que se convierten en el ancla que me permite volver a cierto recuerdo y alargar su significado hacia más emociones. Estas asociaciones no son nuevas para mí, sin embargo, gracias a las clases de la maestría, pude encontrar en ese hecho una parte importante de mi poética: las historias que quiero contar no solo son acciones que hago o que pasan a mi alrededor, sino que también deseo contar cómo las veo y las codifico en mis pensamientos. En este sentido, como explicó Vivian Gornick en *La situación y la historia*, lo que enriquece este texto es haberme imaginado (y visto) a mí misma en relación a los recuerdos, emociones, palabras y hasta los objetos que me acompañaron en el período de tiempo del que escribo.

La escritura de este manuscrito se vio influenciada por varias autoras. Cuando decidí que iba a escribir sobre el duelo, a la primera que leí fue a Joan Didion en *El año del pensamiento mágico*, allí pude ver un ejemplo de cómo expresar el no saber qué hacer, la tristeza y la desesperación

ante la pérdida. Esta influencia se puede observar en los primeros siete textos de este manuscrito. También hay una influencia en la narración rabiosa de los textos 19 y 20 que viene del libro *Madre mía*, en el que Florencia del Campo cuenta cómo vivió la enfermedad y muerte de su madre a la distancia (ella en España y su mamá en Argentina).

Luego, cuando ya empecé a escribir, leí *No te ama* de Camila Gutiérrez, *Bright Dead Things* de Ada Limón y *I Will Never be Beautiful Enough to Make us Beautiful Together* de Mira Gonzalez, por recomendación de mi tutora, Gloria Esquivel. Con la revisión de estas autoras, lo que entendí fue que no había necesidad de perder la voz cotidiana o de usar palabras que no fueran propias de mi lenguaje para explorar el género de la prosa poética y escribir este manuscrito.

Por último, en este recorrido, leí a Cristina Rivera Garza en *El invencible verano de Liliana* y de allí entendí que en medio del duelo también era válido sentir culpa y vergüenza. Ninguna sesión de terapia me lo pudo haber explicado mejor.

Gracias a este proceso, en este manuscrito he logrado conocer una voz nueva que ha dejado atrás sus propios prejuicios y ha entendido que, aunque el proceso de la escritura, de crear una obra, despierte miedos, el fin de la misma es precisamente vencerlos. Fue así como vencí el miedo a hablar de figuras familiares que han sido casi idolatradas por el velo de la muerte, a describir mis pensamientos honestamente, a relatar lo que considero bello evitando pensar si a otro le importa lo que tengo por decir, y además, reconocí mi voz narrativa y la acepté para que mi manuscrito fuera lo más fiel a mí y a mi proceso de escritura. Finalmente, entendí que solo siendo fiel a la exploración interna se podrá crear algo verdaderamente conmovedor.

Para terminar, quiero decir que el manuscrito a continuación será parte de un proceso de escritura en comunidad, en internet. Como expliqué anteriormente, toda mi escritura se ha desarrollado en público, ante una comunidad de lectores. Es por esto que he pensado que el paso natural de lo que produje sea llevarlo a internet. Para eso usaré Substack, una plataforma de suscripción mensual hecha para escritores, que permite cobrar una cantidad de dinero a los lectores a cambio de recibir cualquier tipo de obra escrita en su correo, con una periodicidad determinada. De esta forma, espero conseguir los medios necesarios para imprimir el manuscrito de forma independiente. Este proceso se haría de la siguiente manera: cada suscriptor recibe semanalmente un texto de este manuscrito, en el mismo orden que están enumerados. Gracias a la plataforma, el lector tendrá la oportunidad de comentar cada texto, esto me parece beneficioso porque expande la experiencia de lectura hacia la discusión del mismo producto. También, podrá haber entregas de las ilustraciones que acompañarán este manuscrito cuando esté impreso. Cuando se hayan terminado los 22 textos, cada suscriptor recibirá el manuscrito impreso y también existirán ediciones para la venta, con un plan de difusión por definir.

Un amigo me envía un link y dice “mira esto”. Hago clic. En él aparece un actor famoso diciendo que el duelo es amor no expresado.

Qué imbécil. Lo dice como si el duelo fuera algo etéreo, que puede describirse con palabras fáciles, dignas de hacerse virales en un mundo agotado después de una pandemia.

Lo cierro. Entro a Twitter. El video está en todas partes. Se reproduce sin parar.

El actor está vestido de traje, en un *talk show*, y dice obviedades que logran clics porque no se atreven a ser incómodas.

Quiero decirle a mi amigo que no me veo como el actor, que estoy sucia de este duelo viscoso que no se va ni con el jabón más fuerte y que no se disimula.

Yo me lavo y me lavo y el duelo no se va.

Se siente como materia espesa, pegajosa y pesada. Se resbala lento por mi cuerpo. Nace desde la cabeza, respira por los poros, y se va apoderando de cada centímetro de la piel, haciendo un desastre en lo que preferiría limpio.

Me gustaría ponerle nombre a toda esta porquería que se desborda dentro de mí y que no me deja ver qué hay más allá. Más allá del duelo.

Quiero limpiarme. Borrar cualquier marca que muestre que estoy untada de duelo. De tristeza. De rabia. De vergüenza. De desolación.

Mamá dice que cuando era bebé no me gustaba ensuciarme las manos y que ella tenía que correr a limpiarme antes de que empezara a llorar.

Estoy sucia de duelo para siempre y este es el llanto que no se puede detener.

Cuando se murieron solo tenía un vestido negro.

Un vestido negro para ir a cada uno de los funerales.

Era el mismo vestido negro que un hombre que deseé por años me quitó después de una fiesta.

Hay algo muy particular en los ojos de un hombre la primera vez que te ve desnuda. Es una mezcla de admiración por tu cuerpo y por él mismo.

Cada vez que usaba el vestido negro podía ver de nuevo esa mirada estúpida.

El vestido no era la gran cosa. En realidad era un enterizo con un escote profundo que no mostraba mucho porque no había nada que mostrar. Era de algodón licrado, una tela que cae pegada al cuerpo, y que deja que sean los otros quienes imaginen la figura de quien lo lleva.

El vestido se convirtió en amargura.

Ya no era el recuerdo de un amanecer alcoholizado en el que creía que había vuelto a casa con el amor de mi vida.

Ahora era mi abuela muerta. Mi abuelo muerto. Mi tía muerta.

No se huye de lo que se tiene dentro, me dicen.

Y yo corro, corro y corro.

No se huye de lo que se tiene dentro, y lo que yo tengo son las ganas irrefrenables de devolver el tiempo, de evitar dolores, de hacer las cosas de manera diferente. Lo que tengo dentro es una constante pelea a puño limpio entre la fantasía de lo que hubiera querido que pasara y la realidad.

Golpea, golpea y golpea.

Y gana la realidad con un golpe seco: se murieron tres personas.

Mi abuela, mi abuelo y mi tía. Cada uno se murió con un mes de diferencia. Yo me quedé sola, en un mundo en el que ya no había nadie que me cuidara.

Para escapar de esa realidad duermo, duermo y duermo.

Y en los sueños camino a través de maleza.

Piso descalza una tierra que es seca y esconde púas y piedritas que nunca veo, pero que se clavan en mis pies que ya están sucios y maltratados de tanto intentar salir de la pesadilla.

¿Cómo se atraviesa esta tierra seca en donde solo nacen los trupillos?

Y entonces me despierto.

Y la realidad se repite, se repite y se repite.

A veces quisiera olvidarme de los muertos y poder seguir la vida.

Nunca dije que la vida sigue porque no lo hace,

lo que sigue es la ficción que decidimos aceptar para salvarnos, para evitar tirarnos por ventanas de pisos altos o tomarnos un par de pastillas que acaben con la nostalgia de no tenerlos cerca.

A veces siento el calor de la felicidad, pero se apaga rápido porque llega la culpa de no estar triste. Cristina Rivera Garza escribió: “se habla mucho de la culpa, pero no lo suficiente de la vergüenza”.

Siento vergüenza de reírme y me tapo la boca.

Siento vergüenza de estar enamorándome de nuevo y guardo todos los te amo que quiero decir.

Siento vergüenza de tener un padre y una madre, porque mi mamá ya no los tiene.

Un día lloré en un acuario viendo a una orca gigante hacer un show ante cientos de personas.

No podía creer que algo tan grande estuviera vivo.

Que saltara y flotara y lanzara agua para que otros se sorprendieran.

No podía creer que yo, después de tanta muerte, estaba viendo algo tan vivo.

Una masa enorme, viva. Dentro de agua, viva. Rodeada de personas que reían, vivas. Junto a mi hermanita de cinco años, viva. Tomando una cerveza, yo viva, viva y sintiente, como quien no ha pensado que todo es más fácil estando muerto.

Anoche soñé que mi tía volvía.

Que la veía de pie junto a su hijo, mientras me sonreía.

Yo gritaba que no, que no podía ser posible

y ella asentía y me sonreía.

Solo asentía, sin decir nada. Con un pequeño movimiento de la cabeza me aseguraba que era cierto, que estaba viva.

Su cara tenía todo lo que la hacía ser ella: la piel que me parecía deliciosa porque no era ni seca ni grasa. Los lunares rojos que aparecen a cierta edad en las mujeres de mi familia. Llevaba el pelo alisado y bien tinturado, sin una cana.

Anoche soñé que mi tía volvía,

pero en el sueño sabía que no era así.

Y abrí los ojos.

No quiero volver a soñar que mi tía volvía.

No querer estar vivo se siente como si le bajaras la opacidad a la foto. O como el momento de la película en la que hay que cerrar los ojos porque todo lo que no entiendes abrume. O como las pesadillas en las que intentas llegar a un destino y nunca lo logras. O como cuando caminas lento, lentísimo, por una playa de arena empapada que hace que los pies se hundan. O como cuando las cobijas se enredan a las tres de la mañana y te despiertas en un mar de telas que te está arrastrando de los pies. O en la mirada preocupada de los otros. O en el mensaje de buenos días que siempre llega con tono de chequeo. O en las llamadas más largas. O en la forma en la que tu cuerpo empieza a desdoblarse de adentro hacia fuera hasta hacerse un ovillo de órganos, piel y emociones en la cama.

Está mi abuela, que es el principio de todo. Ella siempre quiso ser el principio de todo y por eso se murió de primera, sin saber que la seguirían su esposo y su hija mayor, quitándole protagonismo. Mi abuela me crio y por eso es el principio de mi historia. Sin mi abuela yo no sería yo, sino probablemente una versión que no me gustaría. Mi abuela nació en una vereda, no terminó el colegio, tuvo cinco hijos, migró a una ciudad pequeña y puso una tienda de barrio. Mi abuela fue dulce conmigo hasta cuando me regañaba. Mi abuela no me dejaba jugar con otros niños y me enseñó que mis primos eran mis amigos. Mi abuela no me apresuró a casarme o a tener hijos. Mi abuela no me exigió porque yo me exigía sola. Mi abuela siempre olía a almuerzo, porque siempre estaba preparándonos comida. Eso lo entendí hasta que fui yo quien tuvo que preparar mi propia comida. Mi abuela era clasista y racista y yo tenía la fortuna de haber sido su única nieta rubia. Mi abuela se murió de cáncer en el colon, después de no haber ido a tiempo al médico porque había un virus que hacía peligroso ir a un centro de salud. Cuando le contamos a mi abuela que tenía cáncer, lo que salió de ella no fue un sollozo sino un rugido de animal herido que se repite en mi cabeza cada vez que pienso en ella. Cuando vi a mi abuela en el ataúd se veía suavcita, casi débil, y no me gustó porque mi abuela no era eso.

Después viene mi abuelo. Mi abuelo siempre estaba detrás de mi abuela. Hasta para morir. Murió justo dos meses después por el virus. Mi abuelo, siempre calmado, era dulce con todos sus nietos por igual. Según mi mamá, él no había sido dulce con ellos. No recuerdo alguna vez que mi abuelo fuera cruel. No era machista ni esperaba que tuviéramos atenciones especiales

con él. No había que buscarlo borracho en ninguna tienda de barrio ni pensar que tenía otra mujer. Mi abuelo era honesto. Tampoco terminó la escuela, como decía él, pero le alcanzó para enseñarme a leer. Mi abuelo también me crio, a falta de un papá que ni siquiera se inventó una excusa para no estar presente. Mi abuelo se iba quedando sordo con los años y el volumen del televisor de su cuarto cada vez se volvía más torturante. A mi abuelo le gustaban las peleas de boxeo y las películas de vaqueros. No le gustaba hablar. Una vez mi abuelo se ganó la lotería que jugaba a diario y nos regaló cien mil pesos a cada nieto. A mí me pareció que me daba una millonada. No pudimos hacer ningún ritual cuando se murió mi abuelo, ni una misa, ni una velación, ni rezar, porque el cadáver de mi abuelo tenía el virus y había que meterlo en la tierra enseguida. Estábamos solas mi mamá y yo. Mi mamá se arrodilló y gritó mientras bajaban el ataúd. Tampoco voy a poder olvidar esa imagen.

La tercera fue mi tía. La hija mayor de mis abuelos. Mi tía era mi madrina y mi mamá sustituta. Mi tía era la única que estaba casada, casada en una iglesia, con un esposo y dos hijos. Mi mamá siempre decía que ella quería ser perfecta y yo me lo creía. Ahora creo que simplemente quería vivir su vida y su vida era esa: ser ama de casa, cuidar de sus hijos y de otros hijos medio huérfanos de madres que no querían ser solo madres. Hacia las mejores cenas de Navidad y podía decorar su casa haciendo magia con tres flores robadas de algún jardín. Cuando yo tenía siete años decidí que ya no quería vivir más con mi mamá y me fui a la casa de mi tía. Ese intento me duró una noche. Mi tía nos trató de domesticar enseñándonos buenos modales y etiqueta. No lo logró con mis primos, pero conmigo sí. Se esforzaba por lo que quería y lo que no le interesaba lo hacía de manera mediocre. Protegía como animal a su familia y podía acabarte con solo una mirada de decepción. Mi mamá decía que “siempre era una dama” y eso

le molestaba. A mí me parecía más bien una descripción pobre y superflua de lo que era. A mi tía le interesaba mantener su mente tranquila, no se enrollaba en lo que sabía que no podía solucionar y seguía su vida con el desapego de quien poco le importa lo que pasa fuera de su mente. Era profesora en una universidad pública y apoyó a sus estudiantes, aunque votara a la derecha. Siempre estuve segura de que mi mamá se moriría rápido y que yo me quedaría con mi tía. Ahora no tengo nada. Sigo creyendo que mi mamá se va a morir rápido. Mi tía murió por el virus después de tres meses de estar en coma inducido en una unidad de cuidados intensivos. Acostada, sus músculos empezaron a fallar, o eso dijeron los médicos. Quizá ya había perdido capacidad de movimiento. Quizá su cerebro ya no era el mismo. Apenas han pasado unos meses, pensaba yo. La durmieron porque era muy nerviosa y eso no le permitía sanarse bien. No la despertaban porque la vida le aumentaba el ritmo cardiaco. Su cuerpo ni siquiera nos lo dieron, solo las cenizas. Una urna con cenizas es el objeto más muerto que he visto en mi vida.

Desde que te fuiste, escribirte ha sido un reto porque tú me enseñaste a leer y a escribir. Tú, que no habías podido terminar la primaria, me enseñaste a mí a escribir. Nunca te lo agradecí en persona porque no fuimos de grandes palabras, pero lo pensaba siempre que me sentaba a escribir. Decir que no fuimos de grandes palabras es una mentira. La que no es de grandes palabras soy yo, que me da miedo decir en voz alta lo que siento porque me da miedo ser vulnerable.

La última vez que nos vimos me abrazaste y dijiste “yo estoy bien y quiero que ustedes también lo estén”. A los veinte días te fuiste. Odio este sentimiento de querer ver el lado mágico a que lo último que me hayas dicho es que estabas bien. Odio abrazarme en la calma que eso me da. No quiero sentir calma. No quiero sentir que te despediste bien. Quiero sentir el dolor de haber perdido a la persona que me cuidó y me enseñó a leer.

No me alcanzan ni las palabras más básicas para explicarte lo que sentí esa mañana. Fui una estúpida. Me desperté y seguro ya te habías muerto. Medité y seguro ya te habías muerto. Empecé a cocinar el desayuno y seguro ya te habías muerto. Me preguntaron cómo estaba y envié una *selfie* sonriendo cuando seguro ya te habías muerto. Me senté en la mesa y entró la llamada de mi mamá. Ahí supe que ya te habías muerto. Porque mamá no llama y menos en la mañana.

Colgué y enseguida llamó papá. Yo gritaba y lloraba mientras tiraba en una maleta toda la ropa negra que tenía en mi closet. Otra vez debía hacer el viaje hacia atrás, a esa ciudad que ya había dejado, para verte cuando ya te habías muerto.

Mientras mi tía estaba en coma le escribí una carta.

Empezaba diciendo: “en el tiempo que llevas dormida empecé a salir con un tipo nuevo, esto sorprende a absolutamente nadie”. En realidad quería hacer un diario, un diario de viaje, en el que le iba a contar cómo pasaban los días. Temía que, al despertarse, se hubiera perdido de la vida. También vivía con el miedo constante de que se despertara y no se acordara de nada, o que le costara saber quién era.

A veces creía que se iba a morir. Claro. Pero escribirle, contándole de la vida de los despiertos, me daba la seguridad necesaria para creer que iba a volver e iba a leer lo que escribía, solo porque yo lo había escrito. Ilusa. Tan ilusa como todos los intentos que hicimos para que no se muriera. Rituales, llamadas a través de los teléfonos de las enfermeras que la cuidaban con palabras suaves como “aquí estoy para ti” o con reclamos duros “¡despiértate ya que te estamos esperando!”. Creímos siempre que nos escuchaba. Yo la imaginaba mientras meditaba y hasta intenté visualizarla bañada en luz verde de sanación, como aconsejan las *coaches* de Instagram que ven tu energía y hablan con los ángeles.

Fueron casi tres meses de jugar a los estúpidos. De tranquilizarnos a punta de mentiras que queríamos hacer pasar por verdades, de adornar los diagnósticos negativos y de agrandar los positivos. De estirar el elástico de su vida con toda la fuerza que teníamos, hacia todos los lugares en donde nos encontrábamos.

A veces también creo que estiramos con mucha fuerza, hacia todas las direcciones y hacia ninguna. Tratábamos por todos los medios de que alguien, algo, nos escuchara y que por fin se apiadara de nosotros. Era la última que nos quedaba y Dios no nos podía hacer más daño.

Pero lo hizo.

Y yo nunca pude terminar de escribir la carta.

El último día que vi a mi abuela viva ella me dio un regalo.

En mi cabeza se había abierto un espacio que alojaba la idea de no querer seguir viviendo. La idea latía fuerte y me asustaba. Yo no entraba seguido a ese lugar, pero existía. Luego me tuve que enfrentar, nos tuvimos que enfrentar, a la realidad inalterable de que mi abuela se estaba muriendo. Y ahí estaba yo, queriendo morirme a veces y haciendo fuerza para que ella no se muriera nunca.

Mamá me pidió que fuera a la clínica donde estaba internada mi abuela. Yo había esquivado ese momento hasta que ya no se pudo más. Para llegar a su habitación tuve que caminar por un pasillo blanco rodeado de puertas a medio abrir que dejaban ver al enfermo que estaba adentro. Qué desgracia, pensé, que a uno lo vean estando enfermo.

La puerta de la habitación de mi abuela estaba bien cerrada. Toqué y nadie vino a abrirme. Decidí abrirla yo y me encontré con las mujeres de mi familia. Mi abuela estaba acostada en la cama y ni siquiera alcanzaba a ver sus ojos a través de la pequeña hendidura que se le formaba entre los párpados. Había poca luz. Los rayos de sol del medio día se metían rebeldes a través de la cortina en la ventana. Nunca la había visto sin su caja de dientes y se veía tan flaquita y vulnerable. No podía vocalizar por los calmantes que le habían aplicado y porque le faltaban

los dientes. Luchaba contra sí misma, contra la muerte que se la estaba llevando y contra sus hermanas que trataban de calmarla, mientras rezaban en voz alta en un intento de que ya viniera Dios por ella. Cuando su hermana le dijo que ya, que descansara, que se dejara morir, mi abuela negó con la cabeza y respondió con un balbuceo que se escuchó como un “no”. Le preguntaron entonces qué quería y, muy claramente, respondió que quería vivir.

VIVIR.

Me quedé paralizada y, aunque todo lo que estaba viendo me dolía, sabía que mi abuela me acababa de dar el regalo de la terquedad. Del deseo absoluto de seguir en el mundo, aunque todo lo demás le dijera que ya era hora de irse. Salí del cuarto pensando que quizá había fuerzas más poderosas que la muerte y que si ella podía, yo también iba a poder.

Al otro día mi abuela ya estaba muerta.

Lo último que le dije a mi tía fueron tres corazones rojos en emojis. Ese día también le escribí que seguro lo peor ya había pasado y que pronto estaría en casa.

Lo que de verdad quería decirle era que tenía miedo.

Un miedo tan grande que me había hecho hacerme a un lado, preguntar solo lo necesario, para evitar pensar que algo malo podía pasarle.

Sentía vergüenza de mí misma y de las formas que había encontrado para no prestarle atención, para esquivar diariamente la realidad.

Seguí así, preguntando por los laditos, como quien no le da mucha importancia a algo grave para que no se haga más grande. Patética. Seguí viviendo mi vida aunque me narraban de a pedacitos cómo se iba yendo la suya.

Ella me dijo que no estaba siendo fácil recuperarse y yo le respondí con tres corazones rojos de mierda.

Un día empecé a tener frío siempre, como si la temperatura de mi cuerpo estuviera directamente conectada a las vidas que se iban. Así fue como me di cuenta de que estaba sufriendo. Mi cuerpo dolía y se retorció por el frío de esos tiempos. A pesar de usar sábanas y cobijas, siempre tenía frío.

El cuerpo era el único instrumento que me quedaba para reconocer el dolor.

Vivía con rabia, porque vivía con frío. Afuera no paraba de llover y yo tenía frío. Pensaba que nadie merecía sentir frío, perder el sueño por el frío, llegar a la desesperación porque todas sus extremidades tenían frío. Mi familia no salía de la clínica y yo no sentía tristeza o preocupación, sentía frío. En el día no importaba. Pero en la noche estaba sola, en una cama *king* que había comprado para dormir cómoda junto a la pareja que ya no tenía. Y ahí, justo en la pérdida, se posaba el frío. Me abrazaba por detrás, entrelazaba sus piernas con las mías y no me soltaba hasta hacer un nudo de puro frío.

Hola, gracias por venir. Ven, acuéstate aquí, al lado mío. Pon tu mano. ¿La cicatriz? Ahí tenía un lunar pero me lo quité hace años. Pasa los dedos de arriba hacia abajo, por favor. Así lo hacía mi abuela cuando yo era pequeña para que me durmiera más rápido y sin llorar. Ahora mete tus dedos entre mi pelo, aquí, justo arriba de la nuca. Sí, abre y cierra la mano y repite hasta que ya me pueda dormir.

Quizá mi tía se parecía a muchas mujeres

O quizá la quiero encontrar en todas las mujeres.

Justo cuando empezó a contar el tiempo de los aniversarios de todas las muertes, fui a un páramo. Aunque estaba con amigos, me sentía sola. La niebla me asustaba porque no me dejaba ver más allá del largo de mi brazo. Los animales, que no veía, me asustaban porque sentía, en mi cabeza, que se alargaban sobre mi cuerpo y eran del doble de mi tamaño. El páramo era el reflejo perfecto de mi mente en el último año: la tierra húmeda que hacía inestable cada paso, la visión brumosa, la ignorancia de los peligros a mi alrededor que me hacían estar alerta en todo momento. La soledad que sentía me iba abrazando y colmaba cada rincón de mi mente, obligándome a caer en la idea repetida de que ya era hora de empezar a ver de nuevo lo que estaba vivo. Alguien repetía que aquí, en el páramo, es donde nace el agua, y yo no podía dejar de pensar que el agua me importaba un pepino y que, igual, cada cosa que nace se muere y que hay fines que son imposibles de atajar.

Es el fin, me dije ese día. El fin de esperar por el perdón. El fin de creer que no es cierto que la vida se quebró y que cada llanto solo fue una mala escena creada por un pésimo guionista. Me acurruqué al lado de un frailejón caído, muerto, para pedir una y otra vez que la tristeza se acabara y me encontré con las ramas muy delgadas de una planta que no conozco. De sus ramas brotaban pequeñas gotas de rocío. Pensé que era una imagen hermosa y quise que se acabara. Sacudí las ramas para que se cayeran las gotas y unas nuevas y más pequeñas aparecieron inmediatamente ahí, en el mismo lugar donde estaban las anteriores.

Mi hermana ya perdió su primer diente.

La vida sigue

pero no quiero decirlo así, escueto, como quien se cae y mira para los lados para asegurarse de que nadie lo vio y sigue caminando.

Así no sigue la vida.

La vida sigue en paralelo a la anterior.

Esa otra vida, la de antes, la cortaron con tres machetazos y siguió creciendo, como le crece la cola a una lagartija,

aparte,

conectada a un cuerpo que es más viejo que la nueva forma que nace,

la cola.

¿Se entiende?

Es el aniversario de la muerte de mi abuela y decido ir a una iglesia que no conozco a rezar por ella. Me siento atrás, tratando de no llamar la atención con mi tristeza, tratando de no incomodar.

En la misa, el Padre dice que la enfermedad le quita el color a la vida. Alzo la cabeza por primera vez y empiezo a correr a través de las bancas.

Siento rabia por quien habla por hablar, como si dijera uno más uno es dos.

¿Qué es quitarle el color a la vida? Llego hasta el altar para decirle que no diga estupideces si va a hablar de la enfermedad. Que aquí estoy yo que sí vi a un enfermo morir. Quiero pegarle en la cara lo suficientemente fuerte para dejarlo atolondrado, pero no tanto como para hacerlo sangrar. ¿Acaso sus palabras contienen el dolor que revuelve las entrañas y que da ganas de vomitar encima del enfermo? Rodeo con mis manos el cuello del Padre. Quiero acabar con todas sus palabras. ¿Acaso esta es su forma mediocre de explicar que la enfermedad da ganas de morir? Empiezo a apretar las manos y puedo ver que tengo el manicure intacto. ¿Es adornar la lástima que produce un enfermo? El Padre se empieza ahogar y me mira a los ojos, suplicando.

Este es mi manifiesto: no se dirán palabras vacías.

Si hablamos del lenguaje que se usa alrededor del duelo, existen tres frases que no puedo escuchar más:

Uno. Todo pasa por algo.

Dos. La muerte te quita y te da.

Tres. Hay una enseñanza en todo lo que te pasa.

Porque no.

No hay una enseñanza cifrada en que se mueran las personas que amas, la muerte no me ha dado nada y yo no quiero que todo pase para que pase algo.

Quiero hacer un compromiso, agregarle un punto al contrato social que diga: evita emitir palabras vacías ante el duelo. No quiero que vengan desconocidos a decirme que lo sienten mucho. No quiero tampoco explicar cómo he pasado un año tratando de entender qué es lo que tengo que aprender o si, quizá, haber aprendido *eso* antes hubiera hecho que no se murieran. ¿Es mi culpa acaso? ¿Dejé de hacer algo y por eso Dios dijo toma esto y aprende? De estas muertes no voy a aprender nada.

Le deseo la muerte a las frases estúpidas. Muerte a las palabras que no dicen nada. Muerte a la necesidad de llenar silencios. Muerte a la incomodidad que les causa mi tristeza. No existe ninguna palabra suficiente para acompañar la pérdida. Ya. Dejemos de intentarlo. Paremos con el ridículo. Basta de decir “lo siento” cuando no sabemos qué se siente. Bien podríamos decir “cielo”, “rojo” o “esternocleidomastoideo” y sería lo mismo. Querría decir lo mismo: nada.

Busqué en Google qué significa “pésame” y el primer resultado es de Wikipedia. Ese sentimiento es tan ajeno que solo alcanza a llenar la primera cajita del *template* de la página, esa que tiene una descripción amplia de lo que uno ha buscado. Dice: Pésame es la forma en desuso de colocar el complemento indirecto tras el verbo en lugar de delante (me pesa).

Quiere decir que a la persona que lo dice "le pesa" la muerte de la persona fallecida.

A la próxima persona que me diga “pésame” le voy a responder que no, que no le pesa, que no diga mentiras, que shhh.

Por favor disfrutemos del silencio por una maldita vez.

Los finales no presentan más opción que esa que llaman “soltar”.

O sea, darse por vencido.

Suelta esto, suelta aquello, suelta ese amor, suelta esa vida.

Pero yo no sé soltar.

Puedo pasar años agarrada a la pierna de mamá para que no se vaya. De hecho, he aprendido las mejores estrategias para no soltar, para agarrarme fuerte, fuertísimo a sogas que me pelan las manos hasta dejarlas en carne viva. A veces las agarro tan fuerte que soy yo misma la que termina destruyéndolas, acabando sus fibras rugosas y dejándolas de un solo hilo, justo en la parte de la que más fuerte me he aferrado.

Sé esconder las heridas en las manos, sé explicar y sobre explicar por qué sigo colgada de la soga aunque duela, duela mucho.

Yo nunca aprendí a darme por vencida.

Al final de las escaleras de mi casa está mi abuela. Aparece diciéndome que no puede subir, que está muy empinado para hacerlo. Escucho la voz burlona de mi abuelo y le digo: ¿quieres salir a caminar? ve a la plaza que queda aquí cerca, te va a gustar. Mientras tanto, mi tía, que nunca se despega de la ventana, dice que el barrio está lindo pero que el de al lado es peligroso.

Una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez.

Son los fantasmas de esta casa. Esta casa a la que me mudé en la mitad del virus y que habité sola mientras ellos se morían. Esta casa a la que creí que algún día llegarían de visita.

Traje una trinitaria y la puse en el balcón, como lo habría hecho mi abuelo.

Colgué una foto de mi abuela al lado de mi escritorio, para que juzgue mi trabajo diario, como siempre se lo permití.

Coroné las mesas con las flores favoritas de mi tía.

Aún no estoy tranquila.

No sé si algún día lo logre.

Pero intento.

A. me pregunta si soy feliz y yo le digo que sí, aunque no creo que conozca la felicidad completa.

Pero intento.

Me despierto a diario y vuelvo a meditar, aunque la tragedia ya se ha atravesado y siento miedo de recibir una mala noticia cuando vuelva a abrir los ojos.

Trato de escribir, a pesar de que mis heridas me anuncian una y otra vez que no puedo hacerlo.

Intento.

Bailo. Ríe. Siento placeres. Veo al sol directamente y descubro formas en las nubes. Abrazo a mi gato. Abrazo a mis amigos. Beso a A. Riego las plantas de mi casa. Compro flores que me entregan semanalmente, como si fueran el regalo de un amante.

Sigo las instrucciones que se repiten cada vez que hago clic en cualquier red social: escúchate, cuídate, quiérete.

Aunque no entienda nada, lo intento.

No estoy segura de qué quiero que pase, que me pase.

Intento abrazar la incertidumbre y mis errores y el desgano y la certeza de que volveré a vivir la muerte. Intento no pensar en quién será el próximo.

A veces quiero quedarme en cama en todo el día.

Y eso sí lo hago, no lo intento.